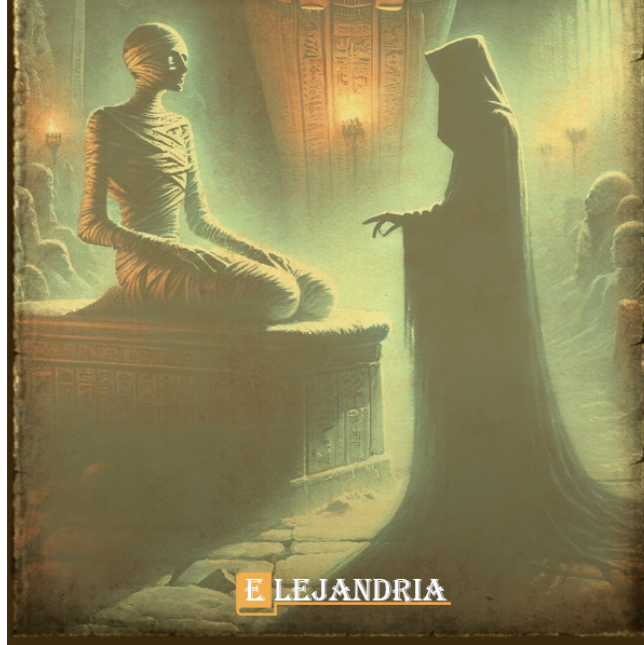




Edgar Allan Poe
Conversación con
una Momia

E LEJANDRIA

Edgar Allan Poe
Conversación con
una Momia



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CONVERSACIÓN CON UNA MOMIA

EDGAR ALLAN POE

PUBLICADO: 1845
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

CONVERSACIÓN CON UNA MOMIA

EDGAR ALLAN POE

El simposio de la noche anterior había sido un poco demasiado para mis nervios. Tenía un dolor de cabeza espantoso y estaba desesperadamente somnoliento. En lugar de salir, por lo tanto, a pasar la noche como había propuesto, se me ocurrió que no podía hacer algo más sensato que comer un bocado de cena e irme inmediatamente a la cama.

Una cena ligera, por supuesto. Soy excepcionalmente aficionado al conejo galés. Sin embargo, más de una libra de una vez puede no ser siempre aconsejable. Aun así, no puede haber una objeción material a dos. Y realmente, entre dos y tres, solo hay una unidad de diferencia. Me aventuré, quizás, a cuatro. Mi esposa insiste en que cinco; pero, claramente, ha confundido dos asuntos muy distintos. El número abstracto, cinco, estoy dispuesto a admitirlo; pero, concretamente, se refiere a botellas de Brown Stout, sin las cuales, en cuanto a condimento, se debe evitar el conejo galés.

Habiendo concluido así una comida frugal, y puesto mi gorro de dormir, con la esperanza serena de disfrutarlo hasta el mediodía del día siguiente, coloqué mi cabeza sobre la almohada y, con la ayuda de una conciencia tranquila, caí en un profundo sueño de inmediato.

Pero, ¿cuándo se cumplieron las esperanzas de la humanidad? No podría haber completado mi tercer ronquido cuando hubo un timbrazo furioso en la puerta de la calle, y luego un golpeteo impaciente en la aldaba, que me despertó de inmediato. Un minuto después, y mientras todavía me frotaba los ojos, mi esposa me arrojó en la cara una nota, de mi viejo amigo, el Doctor Ponnonner. Decía así:

Ven a mí, por todos los medios, mi querido y buen amigo, tan pronto como recibas esto. Ven y ayúdanos a regocijarnos. Al fin, por una diplomacia largamente perseverante, he obtenido el asentimiento de los Directores del Museo de la Ciudad, para mi examen de la Momia, ya sabes a cuál me refiero. Tengo permiso para desenvolverla y abrirla, si es deseable. Solo unos pocos amigos estarán presentes, tú, por supuesto. La Momia está ahora en mi casa, y comenzaremos a desenvolverla a las once de esta noche.

Tuyo, siempre, PONNONNER.

Para cuando había llegado a "Ponnonner", me di cuenta de que estaba tan despierto como un hombre necesita estarlo. Salté de la cama en un éxtasis, derribando todo a mi paso; me vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa; y partí, a toda velocidad, hacia la casa del doctor.

Allí encontré a una compañía muy ansiosa reunida. Me habían estado esperando con mucha impaciencia; la Momia estaba extendida sobre la mesa del comedor; y en el momento en que entré comenzó su examen.

Era una de un par traído, varios años antes, por el Capitán Arthur Sabretash, un primo de Ponnonner, de una tumba cerca de Eleithias, en las montañas Líbias, a una considerable distancia por encima de Tebas en el Nilo. Las grutas en este punto, aunque menos magníficas que las sepulturas Tebanas, son de mayor interés, debido a que ofrecen más numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. La cámara de la cual fue tomada nuestra muestra, se decía que era muy rica en tales ilustraciones; las paredes estaban

completamente cubiertas con pinturas al fresco y bajorrelieves, mientras que estatuas, jarrones y trabajos en mosaico de ricos patrones, indicaban la vasta riqueza del difunto.

El tesoro había sido depositado en el Museo precisamente en las mismas condiciones en las que el Capitán Sabretash lo había encontrado; es decir, el ataúd no había sido perturbado. Durante ocho años había permanecido así, sujeto únicamente a la inspección pública externa. Ahora, por lo tanto, teníamos la momia completa a nuestra disposición; y para aquellos que saben cuán raramente llega a nuestras costas el antiguo sin saquear, será evidente, de inmediato, que teníamos grandes razones para congratularnos por nuestra buena fortuna.

Al acercarme a la mesa, vi sobre ella una gran caja o estuche, de casi siete pies de largo y quizás tres pies de ancho, por dos pies y medio de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. El material se supuso inicialmente que era madera de sicómoro (platanus), pero, al cortarlo, encontramos que era de cartón piedra, o, más propiamente, papier maché, compuesto de papiro. Estaba ricamente ornamentado con pinturas que representaban escenas fúnebres y otros temas lúgubres; entre los cuales, en toda variedad de posición, había ciertas series de caracteres jeroglíficos, destinados, sin duda, para el nombre del difunto. Por suerte, el señor Gliddon formaba parte de nuestro grupo; y no tuvo dificultad en traducir las letras, que eran simplemente fonéticas, y representaban la palabra Allamistakeo.

Tuvimos algunas dificultades para abrir esta caja sin dañarla; pero al haber finalmente logrado la tarea, llegamos a una segunda, en forma de ataúd, y considerablemente menor en tamaño que la exterior, pero que la replicaba precisamente en todos los demás aspectos. El intervalo entre las dos estaba lleno de resina, lo cual había, en cierto grado, desfigurado los colores de la caja interior.

Al abrir esta última (lo cual hicimos bastante fácilmente), llegamos a un tercer estuche, también en forma de ataúd, y que no variaba del segundo en ningún aspecto, excepto en el de su material, que

era de cedro y aún emitía el peculiar y altamente aromático olor de esa madera. Entre el segundo y el tercer estuche no había intervalo; uno encajaba exactamente dentro del otro.

Al retirar el tercer estuche, descubrimos y sacamos el cuerpo en sí. Esperábamos encontrarlo, como de costumbre, envuelto en numerosas vueltas o vendajes de lino; pero, en lugar de estos, encontramos una especie de vaina hecha de papiro y recubierta con una capa de yeso, ricamente dorada y pintada. Las pinturas representaban temas conectados con los deberes supuestos del alma, y su presentación a diferentes divinidades, con numerosas figuras humanas idénticas, destinadas, muy probablemente, como retratos de las personas embalsamadas. Extendida de cabeza a pies había una inscripción columnar o perpendicular, en jeroglíficos fonéticos, dando nuevamente su nombre y títulos, y los nombres y títulos de sus relaciones.

Alrededor del cuello así envuelto, había un collar de cuentas de vidrio cilíndricas, diversas en color, y dispuestas de tal manera que formaban imágenes de deidades, del escarabajo, etc., con el globo alado. Alrededor de la cintura pequeña había un collar o cinturón similar.

Al quitar el papiro, encontramos la carne en excelente preservación, sin olor perceptible. El color era rojizo. La piel era dura, lisa y brillante. Los dientes y el cabello estaban en buen estado. Los ojos (parecía) habían sido removidos, y sustituidos por otros de vidrio, que eran muy hermosos y maravillosamente realistas, con la excepción de una mirada algo demasiado fija. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

El señor Gliddon opinaba, por la rojez de la epidermis, que el embalsamamiento se había efectuado completamente con asfalto; pero, al raspar la superficie con un instrumento de acero, y arrojar al fuego algo del polvo así obtenido, se hizo aparente el aroma de alcanfor y otras gomas de olor dulce.

Examinamos el cadáver muy cuidadosamente en busca de las aberturas usuales a través de las cuales se extraen las entrañas, pero, para nuestra sorpresa, no pudimos descubrir ninguna. Ningún miembro del grupo estaba en ese periodo consciente de que no es infrecuente encontrar momias enteras o sin abrir. El cerebro era costumbre retirarlo a través de la nariz; las entrañas a través de una incisión en el lado; el cuerpo era luego afeitado, lavado y salado; después se dejaba a un lado durante varias semanas, cuando comenzaba la operación de embalsamamiento, propiamente dicha.

Como no se encontró rastro de alguna apertura, el Doctor Ponnonner estaba preparando sus instrumentos para la disección, cuando observé que ya pasaban de las dos. A continuación, se acordó posponer el examen interno hasta la próxima noche; y estábamos a punto de separarnos por el momento, cuando alguien sugirió hacer uno o dos experimentos con la pila voltaica.

La aplicación de electricidad a una momia de al menos tres o cuatro mil años de antigüedad era una idea, si no muy sabia, todavía lo suficientemente original, y todos la captamos de inmediato. Con un décimo en serio y nueve décimos en broma, organizamos una batería en el estudio del Doctor y llevamos allí al egipcio.

Solo después de mucho esfuerzo logramos dejar al descubierto algunas porciones del músculo temporal que parecía tener menos rigidez pétreas que otras partes del esqueleto, pero que, como habíamos anticipado, por supuesto, no mostró ninguna indicación de susceptibilidad galvánica al entrar en contacto con el alambre. Este, el primer intento, de hecho, parecía decisivo, y, con una risa cordial por nuestra propia absurdidad, nos estábamos despidiendo, cuando mis ojos, que casualmente cayeron sobre los de la Momia, quedaron inmediatamente clavados en asombro. Mi breve mirada, de hecho, había sido suficiente para asegurarme de que los orbes que todos suponíamos que eran de vidrio, y que originalmente se notaban por una cierta mirada salvaje, ahora estaban tan cubiertos por los párpados, que solo una pequeña porción de la túnica albugínea permanecía visible.

Con un grito llamé la atención sobre el hecho, y se hizo inmediatamente obvio para todos.

No puedo decir que estuviera alarmado por el fenómeno, porque "alarmado" no es exactamente la palabra en mi caso. Es posible, sin embargo, que si no fuera por la Brown Stout, podría haber estado un poco nervioso. En cuanto al resto de la compañía, realmente no hicieron ningún intento de ocultar el miedo absoluto que los poseía. El Doctor Ponnonner era un hombre digno de lástima. El señor Gliddon, por algún proceso peculiar, se hizo invisible. El señor Silk Buckingham, me atrevo a decir, difícilmente negará que se desplazó a gatas, bajo la mesa.

Después del primer shock de asombro, sin embargo, resolvimos, como cuestión de curso, experimentar más inmediatamente. Nuestras operaciones se dirigieron ahora contra el dedo gordo del pie derecho. Hicimos una incisión sobre el exterior del os sesamoideum pollicis pedis, y así accedimos a la raíz del músculo abductor. Reajustando la batería, ahora aplicamos el fluido a los nervios seccionados—cuando, con un movimiento de vivacidad sorprendente, la Momia primero levantó su rodilla derecha de modo que casi tocara el abdomen, y luego, estirando la extremidad con una fuerza inconcebible, propinó una patada al Doctor Ponnonner, que tuvo el efecto de lanzar a ese señor, como una flecha de una catapulta, a través de una ventana a la calle abajo.

Salimos en masa para traer los restos mutilados de la víctima, pero tuvimos la felicidad de encontrarlo en la escalera, subiendo de prisa de una manera incomprensible, lleno de la más ardiente filosofía, y más convencido que nunca de la necesidad de proseguir nuestro experimento con vigor y celo.

Fue por su consejo, en consecuencia, que hicimos, en el acto, una profunda incisión en la punta de la nariz del sujeto, mientras el Doctor mismo, poniendo manos violentas sobre ella, la jaló en contacto vehemente con el alambre.

Moral y físicamente—figurativa y literalmente—el efecto fue eléctrico. En primer lugar, el cadáver abrió los ojos y parpadeó muy rápidamente durante varios minutos, como lo hace el señor Barnes en la pantomima; en segundo lugar, estornudó; en tercero, se sentó derecho; en cuarto, agitó su puño en la cara del Doctor Ponnonner; en quinto, volviéndose hacia los señores Gliddon y Buckingham, les dirigió la palabra, en un egipcio muy correcto, así:

"Debo decir, caballeros, que estoy tan sorprendido como mortificado por su comportamiento. Del Doctor Ponnonner no se podía esperar nada mejor. Es un pobrecillo gordo e insensato que no sabe hacerlo mejor. Lo compadezco y perdono. Pero usted, señor Gliddon—y usted, Silk—que han viajado y residido en Egipto hasta que uno podría imaginar que nacieron allí—ustedes, digo, que han estado tanto entre nosotros que hablan el egipcio casi tan bien, creo, como escriben su lengua materna—ustedes, a quienes siempre he considerado como firmes amigos de las momias—realmente esperaba de ustedes un comportamiento más caballeroso. ¿Qué debo pensar de su actitud tranquila al verme ser utilizado de manera tan poco cortés? ¿Qué debo suponer por permitir que Tom, Dick y Harry me despojen de mis ataúdes y mis ropas, en este clima miserablemente frío? ¿En qué luz (para ir al grano) debo considerar su ayuda y complicidad con ese miserable pequeñín, el Doctor Ponnonner, al tirarme de la nariz?"

Se dará por sentado, sin duda, que al escuchar este discurso bajo las circunstancias, todos o corrimos hacia la puerta, o caímos en histeria violenta, o nos desmayamos en general. Una de estas tres cosas era de esperarse. De hecho, cualquiera y todas estas líneas de conducta podrían haber sido muy plausiblemente seguidas. Y, sobre mi palabra, estoy en una pérdida para saber cómo o por qué fue que no seguimos ni una ni otra. Pero, quizás, la verdadera razón se busca en el espíritu de la época, que procede por el principio de los contrarios en su totalidad, y ahora se admite usualmente como la solución de todo en términos de paradoja e imposibilidad. O, quizás, después de todo, fue solo el aire excesivamente natural y como si nada del asunto de la Momia lo que despojó a sus palabras de lo

terrible. Sea como sea, los hechos son claros, y ningún miembro de nuestro grupo traicionó ninguna trepidación muy particular, o pareció considerar que algo había ido especialmente mal.

Por mi parte, estaba convencido de que todo estaba bien, y simplemente me hice a un lado, fuera del alcance del puño del egipcio. El Doctor Ponnonner metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones, miró fijamente a la Momia y se puso excesivamente rojo en la cara. El señor Gliddon acarició sus bigotes y subió el cuello de su camisa. El señor Buckingham bajó la cabeza y puso su pulgar derecho en la esquina izquierda de su boca.

El egipcio lo miró con un semblante severo durante algunos minutos y al final, con una mueca, dijo:

"¿Por qué no habla, señor Buckingham? ¿Escuchó lo que le pregunté, o no? ¡Saquese el pulgar de la boca!"

El señor Buckingham, a continuación, dio un pequeño sobresalto, sacó su pulgar derecho de la esquina izquierda de su boca y, como indemnización, insertó su pulgar izquierdo en la esquina derecha de la apertura antes mencionada.

Al no poder obtener una respuesta del señor B., la figura se volvió con impaciencia hacia el señor Gliddon y, en un tono perentorio, demandó en términos generales qué era lo que todos queríamos.

El señor Gliddon respondió extensamente, en fonéticos; y si no fuera por la deficiencia de las imprentas americanas en tipo jeroglífico, me daría mucho placer registrar aquí, en el original, la totalidad de su muy excelente discurso.

Puede que aproveche esta ocasión para comentar, que toda la conversación subsiguiente en la que la Momia tomó parte, se llevó a cabo en egipcio primitivo, a través del medio (en lo que a mí y otros miembros no viajados de la compañía concierne)—a través del medio, digo, de los señores Gliddon y Buckingham, como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la Momia con una fluidez e gracia inimitables; pero no pude evitar observar que (debido, sin duda, a la introducción de imágenes

completamente modernas, y, por supuesto, completamente novedosas para el extranjero) los dos viajeros se vieron reducidos, ocasionalmente, al empleo de formas sensibles con el propósito de transmitir un significado particular. El señor Gliddon, en un momento, por ejemplo, no pudo hacer que el egipcio comprendiera el término "política", hasta que dibujó en la pared, con un trozo de carbón, un caballero con nariz de carbúnculo, desgastado, de pie sobre un tronco, con su pierna izquierda retraída, el brazo derecho extendido hacia adelante, con el puño cerrado, los ojos vueltos hacia el Cielo, y la boca abierta en un ángulo de noventa grados. De la misma manera, el señor Buckingham no logró transmitir la idea absolutamente moderna de "peluca", hasta que (por sugerencia del Doctor Ponnonner) se puso muy pálido en la cara y accedió a quitarse la suya.

Se entenderá fácilmente que el discurso del señor Gliddon se centró principalmente en los vastos beneficios que la ciencia obtiene del desenrollamiento y desvisceramiento de momias; disculpándose, por este motivo, por cualquier molestia que se le hubiera podido ocasionar, en particular, a la Momia individual llamada Allamistakeo; y concluyendo con una mera insinuación (pues apenas podría considerarse más) de que, ya que estos pequeños asuntos estaban ahora explicados, podría estar bien proceder con la investigación prevista. Aquí el Doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

En cuanto a las últimas sugerencias del orador, parece que Allamistakeo tenía ciertos escrúpulos de conciencia, cuya naturaleza no aprendí claramente; pero se expresó satisfecho con las disculpas ofrecidas y, bajándose de la mesa, estrechó la mano de la compañía alrededor.

Cuando esta ceremonia llegó a su fin, nos ocupamos inmediatamente en reparar los daños que nuestro sujeto había sufrido por el bisturí. Cosimos la herida en su sien, vendamos su pie y aplicamos un cuadrado de yeso negro en la punta de su nariz.

Se observó entonces que el Conde (este era el título, al parecer, de Allamistakeo) tuvo un ligero escalofrío, sin duda por el frío. El

Doctor inmediatamente fue a su armario y pronto regresó con un abrigo negro de vestir, hecho en la mejor manera de Jennings, un par de pantalones a cuadros azul cielo con tirantes, una camisa de guinga rosa, un chaleco de brocado con solapas, un saco blanco sobre el abrigo, un bastón de caminar con gancho, un sombrero sin ala, botas de charol, guantes de cabritilla color de paja, un monóculo, un par de bigotes y una corbata tipo cascada. Debido a la disparidad de tamaño entre el Conde y el doctor (la proporción siendo de dos a uno), hubo algunas dificultades en ajustar estas vestimentas en la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado, se podría decir que estaba vestido. Por lo tanto, el señor Gliddon le dio el brazo y lo llevó a una silla cómoda junto al fuego, mientras el Doctor tocaba el timbre en el acto y ordenaba un suministro de cigarros y vino.

La conversación pronto se volvió animada. Se expresó, por supuesto, mucha curiosidad con respecto al hecho algo notable de que Allamistakeo siguiera vivo.

"Hubiera pensado", observó el señor Buckingham, "que ya es hora de que estuvieras muerto".

"¿Por qué?", respondió el Conde, muy sorprendido, "¡tengo poco más de setecientos años! Mi padre vivió mil, y estaba lejos de estar senil cuando murió".

Aquí se sucedió una rápida serie de preguntas y cálculos, por medio de los cuales se hizo evidente que la antigüedad de la Momia había sido gravemente mal juzgada. Habían pasado cinco mil cincuenta años y algunos meses desde que fue consignado a las catacumbas en Eleithias.

"Pero mi comentario", retomó el señor Buckingham, "no hacía referencia a tu edad en el período de inhumación (estoy dispuesto a conceder, de hecho, que todavía eres un joven), y mi alusión era a la inmensidad de tiempo durante el cual, por tu propia admisión, debes haber estado embalsamado en asfalto".

"¿En qué?", dijo el Conde.

"En asfalto", insistió el señor B.

"Ah, sí; tengo una vaga idea de lo que hablas; podría ser hecho para responder, sin duda—pero en mi época empleábamos apenas algo distinto al Biclورو de Mercurio".

"Pero lo que especialmente nos cuesta entender", dijo el Doctor Ponnonner, "es cómo sucede que, habiendo estado muerto y enterrado en Egipto hace cinco mil años, estás aquí hoy todo vivo y luciendo tan maravillosamente bien".

"Si hubiera estado, como dices, muerto", respondió el Conde, "es más que probable que muerto, todavía lo estaría; pues veo que aún están en la infancia del Calvinismo, y no pueden lograr con él lo que era una cosa común entre nosotros en los viejos tiempos. Pero el hecho es que caí en catalepsia, y fue considerado por mis mejores amigos que estaba muerto o debería estarlo; por lo tanto, me embalsamaron de inmediato—supongo que están al tanto del principio principal del proceso de embalsamamiento?"

"No del todo."

"¡Vaya, percibo una deplorable condición de ignorancia! Bueno, no puedo entrar en detalles ahora mismo: pero es necesario explicar que embalsamar (propriadamente dicho), en Egipto, era detener indefinidamente todas las funciones animales sometidas al proceso. Utilizo la palabra 'animal' en su sentido más amplio, incluyendo no solo el ser físico sino también el moral y vital. Repito que el principio fundamental del embalsamamiento consistía, para nosotros, en detener de inmediato, y mantener en perpetua suspensión, todas las funciones animales sometidas al proceso. Para ser breve, en cualquier condición que el individuo estuviera, en el momento del embalsamamiento, en esa condición permanecía. Ahora bien, como tengo la buena fortuna de ser de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado vivo, como me ven en el presente."

"¡La sangre del Escarabajo!" exclamó el Doctor Ponnonner.

"Sí. El Escarabajo era el insignia o los 'armas', de una familia patricia muy distinguida y muy rara. Ser 'de la sangre del

Escarabajo', es simplemente ser uno de esa familia de la cual el Escarabajo es el insignia. Hablo en sentido figurado."

"Pero, ¿qué tiene que ver esto con que usted esté vivo?"

"Bueno, es la costumbre general en Egipto privar a un cadáver, antes del embalsamamiento, de sus entrañas y cerebro; la raza de los Escarabajos era la única que no coincidía con la costumbre. Si no hubiera sido un Escarabajo, por lo tanto, habría estado sin entrañas y cerebro; y sin ninguno de los dos es incómodo vivir."

"Comprendo eso," dijo el señor Buckingham, "y supongo que todas las momias enteras que se encuentran son de la raza de los Escarabajos."

"Sin duda."

"Pensé," dijo el señor Gliddon, muy humildemente, "que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios."

"¿Uno de los qué egipcios?" exclamó la Momia, poniéndose de pie.

"¡Dioses!" repitió el viajero.

"Señor Gliddon, realmente me sorprende oírle hablar de esta manera," dijo el Conde, retomando su silla. "Ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido jamás más de un dios. El Escarabajo, el Ibis, etc., fueron para nosotros (como criaturas similares lo han sido para otros) los símbolos, o medios, a través de los cuales ofrecíamos culto al Creador, demasiado augusto para ser aproximado más directamente."

Hubo aquí una pausa. Al cabo de un rato, el coloquio fue renovado por el Doctor Ponnonner.

"No es improbable, entonces, por lo que ha explicado," dijo él, "que entre las catacumbas cerca del Nilo puedan existir otras momias de la tribu de los Escarabajos, en condición de vitalidad?"

"No cabe duda de ello," respondió el Conde; "todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente mientras vivían, están vivos ahora. Incluso algunos de aquellos embalsamados a propósito,

pueden haber sido pasados por alto por sus ejecutores, y aún permanecer en la tumba."

"¿Sería tan amable de explicar," dije, "a qué se refiere con 'embalsamados a propósito'?"

"¡Con mucho placer!" respondió la Momia, después de observarme pausadamente a través de su monóculo—pues era la primera vez que me aventuraba a dirigirle una pregunta directa.

"Con mucho placer," dijo. "La duración usual de la vida del hombre, en mi época, era de unos ochocientos años. Pocos hombres morían, a menos que por un accidente extraordinariamente inusual, antes de la edad de seiscientos; pocos vivían más de un decenio de siglos; pero ocho se consideraban el término natural. Después del descubrimiento del principio del embalsamamiento, como ya les he descrito, ocurrió a nuestros filósofos que una curiosidad loable podría ser satisfecha, y, al mismo tiempo, los intereses de la ciencia muy avanzados, viviendo este término natural en plazos. En el caso de la historia, de hecho, la experiencia demostró que algo de este tipo era indispensable. Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro con gran labor y luego se haría embalsamar cuidadosamente; dejando instrucciones a sus ejecutores pro tempore, que deberían hacerlo revivir después de transcurrir un cierto período—digamos cinco o seiscientos años. Reanudando la existencia al término de este tiempo, invariablemente encontraría su gran obra convertida en una especie de cuaderno de notas al azar—es decir, en una especie de arena literaria para las conjeturas en conflicto, acertijos y disputas personales de manadas enteras de comentaristas exasperados. Estas conjeturas, etc., que pasaban bajo el nombre de anotaciones, o emendaciones, se encontraban tan completamente envueltas, distorsionadas y abrumadas el texto, que el autor tenía que andar con una linterna para descubrir su propio libro. Cuando se descubría, nunca valía la pena el esfuerzo de la búsqueda. Después de reescribirlo por completo, se consideraba el deber ineludible del historiador ponerse inmediatamente a trabajar en corregir, desde su

propio conocimiento y experiencia privados, las tradiciones del día sobre la época en que originalmente había vivido. Ahora, este proceso de reescritura y corrección personal, perseguido por varios sabios individuales de vez en cuando, tuvo el efecto de prevenir que nuestra historia degenerara en fábula absoluta."

"Disculpe," dijo el Doctor Ponnonner en este punto, poniendo su mano gentilmente sobre el brazo del egipcio—"Disculpe, señor, pero ¿puedo atreverme a interrumpirlo por un momento?"

"Por supuesto, señor," respondió el Conde, enderezándose.

"Solo quería hacerle una pregunta," dijo el Doctor. "Usted mencionó la corrección personal del historiador de las tradiciones respecto a su propia época. Por favor, señor, en promedio ¿qué proporción de estas Cábala resultaban ser correctas?"

"Las Cábala, como usted correctamente las llama, señor, generalmente se descubría que estaban exactamente a la par con los hechos registrados en las historias no reescritas ellas mismas;— es decir, no se sabía, bajo ninguna circunstancia, que ni un solo iotita de ellas fuera no totalmente y radicalmente erróneo."

"Pero ya que está bastante claro," reanudó el Doctor, "que al menos han transcurrido cinco mil años desde su enterramiento, doy por sentado que sus historias de ese período, si no sus tradiciones, eran suficientemente explíc

itas sobre ese único tema de interés universal, la Creación, que tuvo lugar, como presumo usted sabe, solo unos diez siglos antes."

"¡Señor!" dijo el Conde Allamistakeo.

El Doctor repitió sus observaciones, pero solo después de mucha explicación adicional el extranjero pudo comprenderlas. Este último finalmente dijo, con hesitación:

"Las ideas que han sugerido son para mí, lo confieso, completamente novedosas. Durante mi época nunca supe que alguien tuviera una fantasía tan singular como que el universo (o este mundo, si así lo prefieren) tuviera un principio en absoluto.

Recuerdo una vez, y solo una vez, escuchar algo insinuado remotamente, por un hombre de muchas especulaciones, sobre el origen de la raza humana; y por este individuo, la misma palabra Adán (o Tierra Roja), que ustedes utilizan, fue empleada. Sin embargo, la empleó en un sentido genérico, con referencia a la germinación espontánea desde suelo fértil (justo como miles de los géneros inferiores de criaturas son germinados)—la germinación espontánea, digo, de cinco vastas hordas de hombres, surgiendo simultáneamente en cinco divisiones distintas y casi iguales del globo."

Aquí, en general, la compañía se encogió de hombros, y uno o dos de nosotros nos tocamos la frente con un aire muy significativo. El señor Silk Buckingham, mirando primero ligeramente al occipucio y luego al sincipucio de Allamistakeo, habló de la siguiente manera:

"La larga duración de la vida humana en su época, junto con la práctica ocasional de pasarla, como ha explicado, en plazos, debe haber tenido, de hecho, una fuerte tendencia hacia el desarrollo general y la conglomeración del conocimiento. Presumo, por lo tanto, que debemos atribuir la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todos los aspectos de la ciencia, en comparación con los modernos, y más especialmente con los Yankees, enteramente a la superior solidez del cráneo egipcio."

"Confieso de nuevo," respondió el Conde, con mucha suavidad, "que estoy algo perdido en comprenderle; por favor, ¿a qué aspectos de la ciencia se refiere?"

Aquí todo nuestro grupo, uniendo voces, detalló, largamente, las suposiciones de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Habiéndonos escuchado hasta el final, el Conde procedió a relatar algunas anécdotas, que hicieron evidente que prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y se habían desvanecido en Egipto hace tanto tiempo que casi se habían olvidado, y que las maniobras de Mesmer eran realmente trucos muy despreciables cuando se

comparaban con los milagros positivos de los sabios tebanos, quienes creaban piojos y muchas otras cosas similares.

Aquí pregunté al Conde si su gente era capaz de calcular eclipses. Él sonrió de manera algo despectiva, y dijo que sí lo eran.

Esto me desconcertó un poco, pero comencé a hacer otras consultas respecto a su conocimiento astronómico, cuando un miembro de la compañía, que hasta ahora no había abierto la boca, me susurró al oído que para información sobre este tema, sería mejor consultar a Ptolomeo (quienquiera que Ptolomeo sea), así como a un tal Plutarco de facie lunae.

Luego cuestioné a la Momia sobre lentes y vidrios de aumento, y, en general, sobre la fabricación de vidrio; pero no había terminado de hacer mis preguntas antes de que el miembro silencioso nuevamente me tocara discretamente en el codo, y me rogara por amor de Dios que echara un vistazo a Diodoro Sículo. En cuanto al Conde, simplemente me preguntó, a manera de respuesta, si nosotros los modernos poseíamos algún microscopio que nos permitiera tallar camafeos al estilo de los egipcios. Mientras pensaba cómo responder a esta pregunta, el pequeño Doctor Ponnonner se comprometió de una manera muy extraordinaria.

"¡Miren nuestra arquitectura!" exclamó, para gran indignación de ambos viajeros, quienes lo pellizcaron hasta dejarlo negro y azul sin ningún propósito.

"Mira," exclamó con entusiasmo, "¡la fuente de Bowling Green en Nueva York! o si esto es demasiado vasto para contemplar, observa por un momento el Capitolio en Washington, D. C.!"—y el buen hombrecillo médico procedió a detallar muy minuciosamente, las proporciones del edificio al que se refería. Explicó que el pórtico solo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas, de cinco pies de diámetro y separadas por diez pies.

El Conde dijo que lamentaba no poder recordar, justo en ese momento, las dimensiones precisas de ninguno de los principales edificios de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos fueron colocados en

la noche de los Tiempos, pero cuyas ruinas todavía estaban en pie, en la época de su enterramiento, en una vasta llanura de arena al oeste de Tebas. Recordaba, sin embargo, (hablando de los pórticos,) que uno adjunto a un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, constaba de ciento cuarenta y cuatro columnas, de treinta y siete pies de circunferencia y separadas por veinticinco pies. El acceso a este pórtico, desde el Nilo, era a través de una avenida de dos millas de largo, compuesta de esfinges, estatuas y obeliscos, de veinte, sesenta y cien pies de altura. El palacio mismo (hasta donde podía recordar) era, en una dirección, de dos millas de largo, y podría haber sido en total de unos siete en circunferencia. Sus muros estaban ricamente pintados por dentro y por fuera, con jeroglíficos. No pretendía afirmar que incluso cincuenta o sesenta de los Capitols del Doctor podrían haberse construido dentro de estos muros, pero no estaba del todo seguro de que dos o trescientos de ellos no podrían haberse apretado con algo de esfuerzo. Ese palacio en Carnac era después de todo un insignificante edificito. Él (el Conde), sin embargo, no podía negar conscientemente la ingeniosidad, magnificencia y superioridad de la Fuente en Bowling Green, tal como la describió el Doctor. Nada parecido, se vio obligado a admitir, había sido visto jamás en Egipto o en otro lugar.

Aquí le pregunté al Conde qué opinaba sobre nuestros ferrocarriles.

"Nada," respondió, "en particular." Eran más bien endebles, mal concebidos y montados torpemente. No podían compararse, por supuesto, con las vastas, niveladas, directas y surcadas de hierro calzadas por las cuales los egipcios transportaban templos enteros y sólidos obeliscos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Aceptó que sabíamos algo al respecto, pero preguntó cómo habría procedido yo para levantar los dinteles en el palacio, incluso el pequeño, en Carnac.

Esta pregunta decidí no escucharla, y pregunté si tenía alguna idea sobre los pozos artesianos; pero él simplemente levantó las cejas; mientras que el señor Gliddon me guiñó muy fuerte y dijo, en un tono bajo, que uno había sido recientemente descubierto por los ingenieros empleados para perforar en busca de agua en el Gran Oasis.

Luego mencioné nuestro acero; pero el extranjero alzó la nariz y me preguntó si nuestro acero podría haber ejecutado el afilado trabajo tallado visto en los obeliscos, y que fue realizado enteramente con herramientas de corte de cobre.

Esto nos desconcertó tanto que pensamos que era aconsejable variar el ataque a la Metafísica. Pedimos una copia de un libro llamado "El Dial", y leímos de él un capítulo o dos sobre algo que no está muy claro, pero que los bostonianos llaman el Gran Movimiento de Progreso.

El Conde simplemente dijo que los Grandes Movimientos eran cosas terriblemente comunes en su época, y en cuanto al Progreso, en un momento fue bastante molesto, pero nunca progresó.

Luego hablamos de la gran belleza e importancia de la Democracia, y nos esforzamos mucho en impresionar al Conde con un debido sentido de las ventajas que disfrutamos viviendo donde había sufragio ad libitum, y ningún rey.

Escuchó con marcado interés y, de hecho, pareció bastante divertido. Cuando terminamos, dijo que, hace mucho tiempo, había ocurrido algo muy similar. Trece provincias egipcias determinaron de una vez ser libres y dar un magnífico ejemplo al resto de la humanidad. Reunieron a sus sabios y concibieron la constitución más ingeniosa que se pueda imaginar. Por un tiempo se las arreglaron notablemente bien; solo que su hábito de alardear era prodigioso. Sin embargo, la cosa terminó en la consolidación de los trece estados, con unos quince o veinte más, en la despotismo más odioso e insoportable que jamás se haya oído en la faz de la Tierra.

Pregunté cuál era el nombre del tirano usurpador.

Según lo que el Conde podía recordar, era Multitud.

No sabiendo qué decir a esto, elevé mi voz y deploré la ignorancia egipcia del vapor.

El Conde me miró con mucha sorpresa, pero no dio respuesta. Sin embargo, el caballero silencioso me dio un fuerte codazo en las costillas—me dijo que ya había hecho el ridículo suficiente por una vez—y preguntó si realmente era tan tonto como para no saber que la máquina de vapor moderna se deriva del invento de Hero, a través de Solomon de Caus.

Ahora corríamos el inminente peligro de ser derrotados; pero, por suerte, el Doctor Ponnonner, habiéndose recuperado, vino en nuestro rescate e inquirió si el pueblo de Egipto pretendía seriamente rivalizar con los modernos en el particular tan importante del vestido.

El Conde, ante esto, miró hacia abajo a las correas de sus pantalones, y luego, tomando el extremo de uno de los faldones de su abrigo, lo sostuvo cerca de sus ojos durante algunos minutos. Dejándolo caer, al fin, su boca se extendió muy gradualmente de oreja a oreja; pero no recuerdo que dijera nada en forma de respuesta.

Aquí recuperamos nuestros ánimos, y el Doctor, acercándose a la Momia con gran dignidad, deseó que dijera con franqueza, sobre su honor como caballero, si los egipcios habían comprendido, en algún período, la fabricación de las pastillas de Ponnonner o las de Brandreth.

Miramos, con profunda ansiedad, por una respuesta—pero en vano. No se produjo. El egipcio se sonrojó y bajó la cabeza. Nunca hubo un triunfo más completo; nunca se soportó una derrota con tan mala gracia. De hecho, no pude soportar el espectáculo de la mortificación de la pobre Momia. Tomé mi sombrero, le hice una reverencia rígida y me despedí.

Al llegar a casa encontré que pasaban de las cuatro, y me fui inmediatamente a la cama. Son ahora las diez de la mañana. He

estado levantado desde las siete, escribiendo estos memorandos para beneficio de mi familia y de la humanidad. A los primeros no los volveré a ver más. Mi esposa es una arpía. La verdad es que estoy sinceramente harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo va mal. Además, estoy ansioso por saber quién será Presidente en 2045. Así que, tan pronto como me afeite y trague una taza de café, simplemente pasaré por casa de Ponnonner y me haré embalsamar por un par de cientos de años.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Conversación con una momia](#)
2. [Conversación con una momia](#)
3. [Edgar Allan Poe](#)